

Asamblea en Aldeanueva del Encinar

–Bueno, compañer@s, ya es la hora así que, si os parece, podemos comenzar la Asamblea –anunció Rosa, a quien le tocaba el turno de presidir.

–Sí, empecemos ya, que si no luego acabamos tarde y l@s niñ@s se ponen pesad@s –añadió Julián, que haría de secretario.

Y l@s demás dejaron las conversaciones para centrarse en la reunión. Eran nueve y estaban sentad@s en círculo, bajo la parra que empezaba a brotar, delante de las seis casas que habían restaurado. L@s tres pequeñ@s estaban jugando en la era de al lado, a la vista de l@s reunid@s.

–Bien, tod@s conocemos el Orden del Día –prosiguió Rosa, mirándol@s–, ¿alguien quiere cambiar algo?... No... Pues vamos al primer punto. Hemos tenido una semana para leer el acta anterior, no obstante ¿alguien quiere que la leamos ahora?... No... ¿La aprobamos?

Y tod@s asintieron, sin poner objeciones.

–Queda pues aprobada. El segundo punto es el estado de cuentas de la colectividad y para que lo explique, le paso la palabra a Pepa, nuestra tesorera.

–Gracias, Rosa. Como habéis podido ver en el resumen del último año, hemos tenido ingresos por aportaciones personales, turismo rural, visitas escolares, ventas de nuestros productos agrícolas y artesanos, y alguna subvención. Los gastos han sido por pagos del préstamo colectivo, plazos de máquinas, cotizaciones a la Seguridad Social, compra de alimentos y enseres, reparaciones, etc. etc. Y después de restar ambos totales, el saldo final resulta... ¡positivo!

Al oírlo, aunque ya lo sabían, se alegraron tanto que se pusieron a aplaudir. Y l@s niñ@s acudieron corriendo a ver qué pasaba.

–¡Vale, vale! –continuó Pepa–. Es la primera vez que estamos en positivo y probablemente no necesitaremos más aportaciones personales. No es para echar las campanas al vuelo, pero sí podríamos celebrarlo con una fiestecilla.

Hubo entonces un cruce de propuestas y alguien les preguntó a l@s niñ@s que cuándo querían ell@s la fiesta. Lógicamente la querían ya y les costó convencerl@s de esperar al fin de semana para poder hacer la tarta de piñones que tanto les gustaba...

–Hemos de continuar así, a ver si en otros cinco años acabamos de pagar todas las deudas y nos independizamos del sistema –concluyó Rosa.

Como se acabó el jolgorio y l@s mayores apenas les hacían caso, l@s pequeñ@s regresaron a la era.

–¡Ejem! Yo también estoy contento con el resultado del año pasado –intervino Joan–, excepto con una cosa... Hemos sacado muy poco de vender los excedentes agrícolas a la cooperativa comarcal, nos han pagado una miseria.

–Tienes razón, pero como tod@s sabemos no es culpa de la cooperativa, son l@s intermediari@s –dijo María–. A l@s campesin@s nos pagan una miseria por nuestros productos y luego los venden caros a l@s consumidor@s. Son los comerciantes y las grandes cadenas quienes nos explotan a tod@s.

–¡Ya lo sé, ya lo sé! En Valencia pagan las naranjas a 15 o 20 céntimos el kilo en el campo y luego las venden a más de 1 € en los supermercados, y en el extranjero al triple –corroboró Joan–. Y encima traen naranjas de Sudáfrica o Marruecos, con plagas y residuos, y las venden como valencianas. Una verdadera estafa.

–Peor todavía –añadió Pablo–. Como pagan tan mal a l@s agricultor@s, ést@s se limitan a producir mucho, a base de abonos químicos y venenos, contaminando las tierras, las aguas, los alimentos y hasta a ell@s mism@s, que son las primeras víctimas de este sistema injusto e insostenible.

–Por eso nosotr@s hacemos agricultura ecológica y vendemos directamente a l@s consumidor@s, aquí y en la capital –terció la moderadora–. A la cooperativa sólo llevamos lo que nos sobra.

–¡Y por eso precisamente creamos la colectividad y nos vinimos a vivir aquí, fuera de los circuitos comerciales! –exclamó Isa, abriendo los brazos.

–Sí, y por coherencia yo preferiría no vender nada a l@s intermediari@s, ni siquiera a través de la cooperativa –remachó Joan.

–Eso ya lo discutimos hace tiempo y decidimos llevarles sólo lo que nos sobraba, para no tener que tirarlo, y de paso les compramos lo que ell@s tienen y nosotr@s no, es casi como un trueque –aclaró Rosa–. Pero si queréis volvemos a discutirlo otra vez.

–¡Na, no hace falta, es sólo que me da rabia que nos estafen! –desistió Joan.

–Pues venga, continuemos –pidió Julián.

–¡Podríamos vender los excedentes por internet! –interrumpió Pablo, y tod@s se giraron hacia él.

–Hombre, es otra posibilidad. Pero antes de decidirlo tenemos que estudiarlo bien –contestó Rosa–. A ver, ¿quién quiere encargarse de calcular cuánto y cómo podríamos vender así? ¿Tú, Pablo? –éste asintió con un movimiento de cabeza–. Y tú, Pepa, ¿podrías ayudarle con los números?

–Sí, claro –aceptó Pepa–. Hay que calcularlo bien y contar las horas que tendríamos que dedicar, pero no creo que resulte peor que llevarlo a la cooperativa comarcal.

–Vale, pues os encargáis vosotr@s dos de hacer un informe. Y ahora vamos a continuar con el tercer punto, que es un poco delicado. ¿Abrimos la colectividad a cuatro compañer@s nuev@s?

Y tod@s se pusieron en modo reflexivo, sopesando las ventajas e inconvenientes de la ampliación. Algun@s incluso recordaron cómo habían comenzado...

Fue María quien tuvo la idea inicial, cuando empezó a sufrir problemas de salud reiterados y le diagnosticaron sensibilidad química múltiple en fase inicial. Hablando con Pepe, su compañero, pensó en dejar el trabajo y, recordando que su abuela procedía de una aldea que abandonó para venir a la capital, se le ocurrió que tal vez podrían ir a vivir allí, en medio del monte, donde no habrían sustancias químicas que la afectaran.

Su padre sabía donde se hallaba y un día viajaron con él hasta la aldea...

La primera impresión fue pésima, el camino de entrada estaba cubierto de matojos y la docena de casas, abandonadas desde los años 60, semiderruidas e inhabitables. Pero el entorno era precioso, un campo en barbecho, el riachuelo cercano, encinas por todos lados y flores, abejas, pájaros, liebres, aromas...

Regresaron varias veces sol@s y luego con amig@s a quienes les propusieron la idea. La mayoría no se atrevieron a arriesgarse pero algun@s, hart@s de su trabajo y de malvivir en la capital, donde los ultras campaban a sus anchas y el gobierno se implicaba en guerras, se ilusionaron con el proyecto y formaron un grupo específico para recuperar la aldea.

A continuación se repartieron las tareas previas y un@s se encargaron de averiguar lo necesario para comprar las casas y las tierras vecinas, otr@s de ver los posibles préstamos y subvenciones, y un par de ell@s contactaron con neorurales para conocer los problemas que surgían y cómo habían ido resolviéndolos.

Al final, seis parejas decidieron dar el paso y compraron las casas asoladas a sus propietari@s legales, porque no querían que les pasara como a l@s compañer@s de Fraguas, a quienes desahució la Junta. También pidieron un préstamo colectivo y ayudas para la repoblación, la instalación de placas solares, etc.

Y se fueron a vivir allí, hacía ya cinco años. Entonces comenzó el trabajo de sol a sol, restaurando y reformando, con la ayuda de un albañil que contrataron en el pueblo vecino, dos casas primero, con los servicios comunes, y luego las otras cuatro, al tiempo que ponían en marcha la huerta y el campo de frutales. Mientras tanto vivieron en tiendas de campaña y en una vieja caravana que alguien les prestó, tan juntos siempre que solían bromear diciendo que vivían como conejos, en la madriguera común.

Fue muy duro, tanto que tres personas no pudieron aguantarlo y se marcharon al cabo de unos meses. Tod@s lo sintieron, porque eran buena gente y además una de las que se fueron hacía unas tortas y empanadas realmente deliciosas.

L@s que se quedaron trabajaban mucho, pero vivían bien y estaban a gusto. Y cuando tuvieron sus respectivas casas, pequeñas pero acogedoras, con el campo en marcha y recibiendo ya visitantes en la casa albergue, lo cual les permitía disponer de unos ingresos más o menos regulares, no tardaron en llegar l@s bebés.

Y poco a poco la colectividad fue afianzándose y madurando en todos los aspectos, hasta el punto que ahora tenían cuatro peticiones de ingreso. Y eso es lo que ahora iban a decidir...

–Bueno, a l@s cuatro compañer@s ya l@s conocemos, porque han venido varias veces. Y como son amig@s de Pepe, él puede explicar mejor quienes son y por qué quieren entrar en la colectividad –dijo Rosa, y le cedió la palabra.

–Pues... ya lo sabéis. Son dos parejas, Javi y Lola, que tienen una niña, y Anxo y Eli, sin niñ@s. Javi es informático, Lola enfermera, Anxo mecánico y Eli maestra, aunque tod@s conocen el campo y son muy trabajador@s. Yo creo que pueden integrarse bien y resultar útiles, además de aportar la parte proporcional que les corresponde del valor actual de la colectividad.

–Está claro que son buena gente y trabajadores, pero ya sabemos que el día a día aquí es muy duro –objetó Julián–, algun@s no lo soportan, y podrían desestabilizar nuestro pequeño grupo.

–Es posible, sin embargo nos vendrían muy bien la enfermera y sobre todo el mecánico –comentó Pablo–, que podría ahorrarnos el tiempo y dinero que nos cuesta llevar las máquinas averiadas al taller del pueblo.

–Y el informático y la maestra también –añadió María–. Incluso la niña, porque con l@s cuatro niñ@s ya podríamos abrir una escuelita rural, pagada por la Consejería. Y Eli, que está ejerciendo, podría ser la maestra titular.

–Respecto al valor actual de la colectividad y su aportación, se puede calcular –aclaró Pepa–. Y habría que ver cuánto nos costaría restaurar otras dos casas.

–Sí, Pepa, tienes que calcularlo tú, pronto, y debemos aprobarlo tod@s y aceptarlo ell@s antes de nada –afirmó Rosa–. El dinero no creo que sea problema y respecto a la convivencia diaria, podemos probar, yo propongo que l@s alojemos unos meses en la casa rural, a cambio de su trabajo, y que vivan con nosotr@s a prueba. Si dentro de medio año vemos que se adaptan bien y no hay ningún problema, entonces que entren como colectivistas.

La propuesta era sumamente razonable, de modo que entre tod@s la concretaron y después la aprobaron por unanimidad...

Pedro Domínguez Gento